

Así me quieres

Serena Arci



Capítulo 1

Capítulo 1

La tetera había sonado ya, el gato se paseaba entre mis pies y yo, seguía sumergida en mis propios pensamientos. La noche anterior no había dormido nada bien y ni cómo poder hacerlo, las penas se venían en mí una a una y se iban apilando en cada rincón de mi cabeza. Y cómo no estarlo si me habían despedido de mi último empleo de medio tiempo.

Ese día no había sonado la alarma de mi celular que me obligaba todas las mañanas a ponerme en pie para salir a trabajar. Cuando abrí los ojos y miré el reloj de la pared que marcaban las siete treinta de la mañana... me asusté.

Como pude me levanté de la cama y corrí hacia el baño. Todavía desnuda corrí para tomar el sostén que se hallaba sobre un banquillo y me lo coloqué con una grandiosa agilidad. Levanté las bragas que se se descubrían a un costado de la cama y las instalé. Sin tardar tomé la primera bata y pantalón de polilana que hallé en el clóset y me metí en él. Giré el rostro hacia mi izquierda para percibir a mi pareja sobre la cama, pero este, ya se había marchado.

Mario, era mi compañero desde hace un poco más de cuatro años y habíamos decidido vivir juntos desde hace un par. Cuando eché un vistazo por la ventana para ver si lo descubría entendí que no sería así, el auto rojo que utilizaba para trasportarse ya no se descubría en el patio frontal. <<*Cómo pudo salir sin levantarme. Que cruel de su parte*>> No dejé que esa pena me distrajera de mis actividades así que comencé a alistarme para salir presurosa y tomar un taxi.

Gracias a Dios no se hallaba mi jefe de piso en la entrada principal y aguardando por mí, ya que siempre aguardaba en ella para invitarme un café de mocca todas las mañanas. Lo que al principio creí que era casualidad, pero después de lo ocurrido la noche anterior me di cuenta de lo errada que estaba.

Cuando llegué al hospital corrí presurosa por los pasillos y tomé mi equipo de enfermería del estante, atendí la lista de los pacientes que me correspondía y el día seguía. Creí que la había librado, pero Jorge, mi jefe, me llamó a su oficina para darme una terrible noticia.... "*Estaba despedida*" Argumentó de que necesitaban a una persona con mayor disposición y yo, francamente no cubría esos requerimientos. No protesté por su decisión, pues sabía perfectamente cuál fue el motivo real de mi despido.

Así que salí de su oficina y tomé mis pertenencias que se hallaban en mi cubículo. Me despedí de mis amigas y de algunos doctores que fueron muy amables conmigo con la mayor serenidad. Después de menear la mano en el aire y mostrar una sonrisa tímida en los labios salí del hospital con la frente muy en alto.

Me dirigí a mi hogar, esa casa de estilo contemporáneo que se localizaba en la zona residencial de Satélite. Con paso tambaleante descendí del autobús y caminé por la acera unas cuatro cuadras más.

De repente... miré por la calle a un gato atropellado. Qué cruel de su parte aquella persona que lo arrolló, y pobre de los dueños que ya no lo... o no... ¡Por Dios...! ¡Era mi gato...! Lo miré atónita... Traté de no perder la cordura. Descubrí su patita derecha destrozada y su cabecita demasiado magullada, estaba segura de que eso fue lo que le arrebató la vida. Por un instante me negué a creerlo, me dije que no era mi gato, que no era Natasha, que tal vez pertenecía a alguien más, sin embargo, le reconocí una motita blanca en la punta de su colita que lo distinguía de los demás. Se me escurrieron algunas lágrimas. Con una tranquilidad lo alzé, lo envolví en un chal de alpaca rojo que llevaba y lo cogí en brazos para dirigirme con él a casa. Entré y lo coloqué en una caja de zapatos para después dejarlo en un rincón de la sala.

El día no pintaba del todo bien, pero aún tenía cosas por hacer. Así que inicié con mi registro vía internet para el último ciclo escolar de la licenciatura. Cuando pinché el botón de encendido del ordenador portátil, este no encendió. Me pregunté, *¿Qué era lo que estaba pasando...?* Pinché aquí, allá, F11, Esc, pero sin llegar a tener éxito.

No lo dudé y me encaminé hacia el estudio de Mario, aquel lugar sagrado que era su santuario. Me encaminé al escritorio y encendí la computadora para comenzar con la búsqueda en Google. Hallé la página e inicié con mi inscripción. La plataforma mencionó que había perdido el derecho debido a que tenía tres materias reprobadas... ¡Eso no podía ser posible, pues yo había enviado el mes pasado las últimas actividades que se requerían para acreditarla! Me comuniqué con mi profesor en línea y él me informó que tenía que enviar pruebas de registro ya que de otra manera él no podría editar la calificación. ¿Pero, cómo?, si mi computadora estaba muerta. Traté de revivirla; le di unos golpecitos en la pantalla, es más, casi le doy respiración de boca a boca, sin embargo, todos mis esfuerzos fueron en vano.

Esa tarde y parte de la noche traté de arreglarme con el colegio. Yo en mi insistencia, me comuniqué con ellos. Por el auricular una señorita muy antipática me informó que ya no había nada más que hacer, que tenía que esperar los exámenes a título y que aguardara para el siguiente ciclo escolar. Colgué el teléfono, me llevé las manos a las sienes y cerré los ojos. Al abrirlos contemplé el cristo serio que se hallaba frente a mí, y

sin pensar le expresé:

—¡Y ahora qué...! Golpéame, ¡Oh, poderoso golpeador!

En ese instante la puerta se abrió y lo miré a él... No era precisamente Jesucristo que se me hacía presente, sino más bien, el hombre de mis sueños que me hacía compañía en la cama cada noche y que, al parecer, se descubría muy irritado. Sabía que no debía estar ahí, me lo había manifestado en reiteradas ocasiones ya que siempre tiraba algo en el ordenador o se me caía el vaso de agua sobre algún documento importante.

Lo miré; esos ojos grandes y amielados me observaban, la cabellera castaña y echada hacia atrás se descubría peinada, su altura y su porte de hombre bravo lo hacían percibirse muy imponente.

—¿Qué haces aquí? —manifestó irritado.

Yo, tragué saliva.

—Mi ordenador portátil murió y tuve que usar el tuyo —revelé al instante.

Él me miró con recelo, después, echó un vistazo por todo el estudio cómo buscando algo que estuviera fuera de lugar. Ya con sus ojos nuevamente puestos en mí agregó.

—La cena se quemó.

Me dio la espalda y salió de la habitación. ¿Cómo se me pudo pasar? Se me había olvidado que tenía la cena en la estufa. Apagué la computadora tan rápido como pude y salí del estudio, me dirigí a la cocina y lo miré él, de pie, frente a ella.

Se percibía fastidiado e inquieto, tenía la mandíbula apretada y el cuerpo tensado. Al posarme a su costado noté que también se percibía molesto. Destapé la cacerola con cuidado y miré la cena hecha casi carbón.

Todo había salido mal y no tenía nada más que perder, así que comencé a llorar. Él me miró sorprendido, pero no pronunció palabra alguna. De inmediato me enjuagué las pocas lagrimas que habían brotado de mis tiernos ojos y al acto coloqué la cacerola en la tarja para apresurarme a sacar un sartén. Mario se sentó a la mesa y sacó su celular para checar sus redes sociales mientras yo preparaba la cena. Cuando me senté con él a la mesa y le ofrecí un casi tipo omelette que improvisé con algunas calabacitas y cuatro huevos, él, le echó un vistazo y mostró una mueca de desagrado. Y arqueando una ceja tomó el tenedor y meneó la cena

mientras me contemplaba irritado... Yo, lo miré desde el otro extremo y en el mismo instante en el que terminaba de preparar un café. Cuando me acerqué a él para ofrecér la taza declaré:

—¿A caso no me vas a preguntar cómo me fue?

Él me miró extrañado, pero no quiso cuestionarme ya que la noche anterior le revelé lo que mi jefe me había propuesto y que él no se lo tomó nada bien.

Y no era para menos.

<<Jorge mi exjefe me llamó a su oficina para charlar. Mencionó atento que se abriría una vacante en el departamento de oncología y que, si yo lo deseaba, ese puesto sería mío. Yo me mostré animosa. Sabía que en esa área las enfermeras ganaban un poco más y a mí no me vendría nada mal ganar un extra.

—Claro que estoy interesada. —me expresé alegre. Pero él se acercó a mí y me miró deseoso.

—Entonces —me tomó por el talle—, ya sabes qué tienes que hacer... —y acercó sus labios a mi boca.

—¡Jorge, no! —y lo aparté—. ¿Por quién me tomas?

—Vamos, cariño. Sabes perfectamente cómo es esto, ¿o no? Sabes que si deseas ese puesto tienes que soltar, ¿o qué...? ¿Acaso no hemos estado jugando este juego desde hace días?

—No —declaré absorta—, no sabía que estaba jugando contigo de esta manera. Y créeme... no me interesa ese estúpido puesto o lo que pretendas ofrecirme. Ya puedes ofrecérselo a alguien más, yo... no la quiero. —salí como pude de su oficina y tomé el último autobús de la noche para dirigirme a casa.

Mario se hallaba ya en ella. Le había dicho que doblaría turno y él no se lo había tomado nada bien. Cuando ingresé dejé mi bolso sobre un sillón y por demás pertenencias, me acomodé la cabellera y lo busqué con la mirada por la estancia. En cuanto giré el rostro hacia mi izquierda lo contemplé reposando en el sofá a oscuras y mirando una película en la pantalla plana. Él se volvió a mí y notó que en mi rostro se revelaba mi gran pena.

—¿Cómo te fue, cariño?, ¿por qué esa cara...?

Yo guardé silencio por un momento, pero después me armé de valor.

—Mi jefe me ofreció una plaza en el departamento de oncología, pero no la acepté.

—¿Pero por qué...? Creí que deseabas ese puesto.

—Sí. Pero no de esa forma.

—¿Cómo qué en esa forma?

Me aparté de él y me dirigí a la recámara para comenzar a desvestirme. Él me siguió y no tardó en cuestionar. Yo le narré los hechos tan sutilmente para que no se molestara pues sabía perfectamente que no le agradaba que laborara ahí.

—¡Te dije que no trabajarás ahí! —exclamó irritado— Cuantas veces te hice mención de que no era necesario.

—¡Oh, Por favor, Mario!, ¿ya vas a empezar?—me puse a la defensiva—. Sabes de antemano que siempre he trabajado. A demás, ¿cómo quieres que costee mi universidad?

—¡No, no, no, Tamara! —cerró la puerta con fuerza—, ¡No me vengas con esas tonterías! Siempre te he indicado que yo puedo cubrir tus gastos.

—¡Sí, sí, lo sé! —rodé los ojos—. Pero yo no permitiré que lo hagas. Soy capaz de hacerlo por mí misma.

—¡Tú, y tu maldita necesidad...!

Se aproximó a mí para escudriñarme con recelo, y con un tono de voz grave reveló:— Estoy empezando a creer que te encanta ser el centro de atención de aquellos cabrones... Jamás creí que fueras capaz de insinuárteles.

Lo miré con rabia. ¿Cómo se atrevía a declarar algo así? Vino a mi mente un sinfín de palabras altisonantes que no me atrevo a repetir, pues por quién me tomaba, ¿por una vulgar prostituta?

—¡Ay, hijo de tu madre...! —fue la única oración que me atreví a expresar— ¡deja de fastidiarme! —con ira lancé el sostén sobre el banquillo y lo miré furiosa—. ¡Cómo te atreves a decir algo así...! Deberías estar a mi favor y no en mi contra. ¡Pero claro...! Si para ti, todas las mujeres somos unas putas, ¿o no...? No dudo que creas que yo he sido capaz de insinuármele, y tampoco dudo de que creas que he sido capaz de forzarlo a mirarme. ¡Porque qué claro!, seguramente crees que lo hice,

¿verdad?

Fue lo último que expresé antes de apartarme de su lado y meterme a la cama. Tomé con rabia la almohada y la sacudí un poco para que esta tomara forma. Después, me acochué en una esquina y me cubrí con el edredón dándole la espalda. Él se metió a la cama y he hizo lo mismo.>>

Eso fue lo último que recuerdo de aquella noche. Y ahora esto; mi despido, mi gato muerto, el colegio, la cena hecha carbón. Todo... todo había salido mal.

No me atreví apartar la mirada de él esperando a que me cuestionara. Pero Mario simplemente se acomodó en la silla y echó el cuerpo hacia atrás para mirarme desde ahí con desdén. Yo me mostré serena y relajada. Enseguida aparté la mirada de él para contemplar la taza de café que me había preparado y que mantenían tibias mis manos. De repente escuché su voz.

—No estoy seguro de querer oír de tus labios aquellas palabras que sabes cuánto me irritan... —Lo miré extrañada por un instante. Él, meneó la cena con el tenedor y después de varios minutos repuso: —Dime..., ¿cómo te fue?

Yo le referí todo lo que me había pasado; desde que amaneció hasta que me descubrió en el estudio. Él escuchó atento lo que le narraba sin pronunciar palabra alguna. Después de terminar de relatarle y quedarme callada por el lapso de un par de minutos se atrevió a indagar.

—¿Dónde está Natasha...?

Señalé hacia la sala. No tardó en incorporarse de su asiento para ir por ella. Yo me levanté de la mesa y marché a su lado. Cuando señalé la caja pequeña que se descubría en un rincón oscuro, él la tomó, salió de la casa y la metió en la cajuela del auto. Después retornó a mí y me miró. No aparté la vista de sus ojos, pues sabía perfectamente que diría algo.

—¿Vienes?

—¿A dónde? —pregunté sorprendida.

—Pues conmigo... Iré a enterrar a Natasha.

Yo asenté con la cabeza y me dirigí a la recámara para coger un suéter del closet. En cuanto bajé con él subí al auto.

Esa noche nos dirigimos a casa de sus padres que se localizaba en las afueras de la ciudad. Ahí, en el jardín de su madre y bajo el ahuehuete de antaño enterramos al pobre animal. Acto seguido marchamos del lugar y volvimos al nuestro.

Ya en la habitación me abrazó por debajo de las sábanas y yo dejé que lo hiciera. Me acorruqué a su lado y tomé su mano con suavidad para que esta me ciñera.

Así fue como empezó mi día. Estaba muy desilusionada por todo lo que me había acontecido el día de ayer y que me tenía tan desanimada. De repente, sentí que la gatita ronroneaba entre mis pies y se frotaba entre ellas. Imaginé que quería comida, así que le ofrecí un plato de whiskas, pero la gatita se negó a comer. Entonces pensé que tal vez lo que quería era su compañera que lamentablemente había fallecido. De inmediato cogí a *luna* entre mis brazos para tratar de consolarla y la acicalé por la barbilla. El animal dejó que lo hiciera y comenzó a ronronear entre mis brazos. Sin dudarlo inicié con las cosquillas en su barriguita y esta no tardó en jugar con mis manos.

En ese instante sentí una mano sobre mi hombro y cuando giré la vista percibí a Mario. Él me sonrió y me dio un beso en los labios, tomó un trozo de pan tostado de la mesa y se lo llevó a la boca. Enseguida se colocó a espaldas de la barra de la cocineta y me miró.

—¿Por qué me miras así? —pregunté.

—¡Así cómo! —repuso.

—¡Pues, así!

Yo, no tenía el mejor aspecto esa mañana. Estaba solo con una playerita delgada que apenas me cubría mi parte. No portaba ropa interior y mi melena castaña y larga se apreciaba enmarañada por la espalda. Yo, lo contemplé. Sabía que significaba esa mirada, siempre lo hacía cuando quería tener intimidad. Pero yo no estaba de ánimos como para hacerlo, así que me elevé del banquillo y le ofrecí una taza de café. Él aceptó, y acto seguido le coloqué la gatita entre sus brazos.

En cuanto tomó asiento, la gatita dio un salto y se fue a escudriñar por los rincones de la casa. Yo me acerqué para colocarle la taza entre sus manos. Él la tomó, y acto seguido me asió por el talle para procurarme un beso. Yo correspondí a su gesto. Después quise apartarme, pero él me retuvo. En el acto dejó la taza sobre la barra y nuevamente

acercó sus labios a mi boca para saborear mis labios. Yo dejé que lo hiciera y retribuí a su gesto. Él me besó con mayor intensidad; introdujo su lengua en mi boca y toqueteó la mía. ¡Dios, que placer me produjo! Él lo sabía perfectamente y no se detuvo. De inmediato sentí cómo una de sus manos se conducía por debajo de la playera para asir uno de mis pechos. Con suavidad lo apretó y al instante solté un gemido. Antes que me envolviera la locura cogí su mano.

—¡No, espera! —expresé deseosa, pero él continuó besándome como si no hubiese un mañana...

Sentí cómo una sola de sus manos era capaz de bordear por completo mi estrecha y fina cintura para después aproximarme hacia él. Con rapidez me quitó la playera, me tomó por las nalgas y me posó sobre la mesa. Sus besos se orientaron hacia mis pechos que se mostraban suaves y firmes, mis pezones se endurecieron en el instante que sentí su lengua. El placer era demasiado, así que posé mi cuerpo desnudo sobre la mesa y me dejé llevar. Él, me besó por debajo del ombligo y me obligó a reír. Concebí cómo una de sus manos se paseaba por todo mi cuerpo conduciéndose con anhelo sobre toda ella. De inmediato se dirigió hacia la parte interna del muslo, así que abrí las piernas para darle paso a sus caricias.

Sin dejarme de mirar, introdujo su dedo índice en mi cavidad obligándome a soltar un gemido... <<Que más da>> me dije a mi misma. Sus caricias me enloquecían y él lo sabía.

Yo mantenía los ojos cerrados esperando a que me brindara el mayor placer. Cuando de repente, escuché su voz de hombre alfa dominante que proclamó.

—Tamara querida —me besó—. Prométeme que no saldrás de aquí hasta que yo regrese.

—¡Qué...? —declaré con mi voz ardiente de deseo.

—Prométeme que aguardarás aquí y no saldrás hasta que yo haya vuelto... Prométemelo.

No discernía sus palabras, pues yo solo estaba enfocada en el placer que me producía sus manos... Y quién podría pensar estando en esa posición y teniéndolo a él como el gran amante que era.

—¿Por qué esa insistencia...? —Declaré mientras seguía sucumbida al acto.

—Prométemelo. —Enseguida apoyó sus suaves labios sobre mi pezón

y lo succionó.

¡Dios, qué locura, qué delicia, qué gozo...! A mí no me quedo de otra que ceder.

—¡Bien, bien... lo haré!

En cuanto escuchó mi afirmación se apartó de mí lado y se dirigió hacia su café. Yo, me quedé sorprendida (y también muy excitada). Lo miré atónita mientras él me brindaba una pequeña sonrisa picarona.

—¡Y qué... Piensas dejarme así! —. Lo dije mientras me cubría mi parte.

—Sí —se expresó sereno mientras le daba el último sorbo a su taza—. Tengo que trabajar.

Nuevamente se acercó a mí y me dio un beso para después coger su chaqueta que había dejado sobre el regazo de la silla y poder partir.

Antes de salir de la estancia dijo:

—Regresaré pronto. Prepárate para que salgamos esta noche a cenar, ¿te parece bien...?

Yo le mostré una pequeña sonrisa mientras cruzaba las piernas y me cubría uno de los pechos. Y mirándolo con los ojos entreabiertos formulé:

—¿Cómo puedes dejarme así?

—¿Así cómo? —sonrió y marchó tranquilo.

Me recosté nuevamente sobre la mesa mientras escuchaba el silencio de la casa. Tomé uno de los panecillos que se hallaban a mi costado y lo llevé a la boca. Y mirando la lámpara colgante del techo pensé: *Cómo puede ser posible que siempre insista en lo mismo... Y cómo puede ser posible que yo, siempre terminé por ceder.*

Capítulo 2

Capítulo 2

Esa tarde aguardé su llegada. Me encontraba en la recámara principal sentada en el banquillo y mirando por la ventana cuando de repente, Luna saltó a mi regazo. Yo la tomé en brazos y la coloqué nuevamente en el suelo, pero ella saltó de nuevo y se posó sobre el tocador. La ahuyenté para que bajara de ahí y en cuanto lo hizo, tiró uno de los cuadros que se descubría sobre el mismo. Cuando alcé el retrato miré que era una fotografía de ambos y de hace un par de años atrás. En ese instante recordé el día que lo vi y como un flechazo todo vino a mi mente.

Hace algunos años laboraba en un restaurante muy famoso que se localizaba en la zona del pedregal. Allí, tenía el puesto de Hostess y era la encargada de dirigir a los comensales a su respectiva mesa. Un martes por la tarde (lo recuerdo bien), me hallaba acomodando unos documentos en el recibidor cuando de repente alguien llamó mi atención. Un comensal de aspecto agradable solicitó una mesa, le busqué en la lista de reservación y allí encontré su nombre. Enseguida lo conduje a su mesa y regresé a mi puesto, pero antes de marchar me indicó que un amigo suyo faltaba por unirse al grupo y que, estaría eternamente agradecido si le indicaba en donde hallarlo. Yo le mostré una sonrisa y le informé que lo haría llegar hasta la mesa, que no habría ningún problema y que contara con ello. El joven me miró maravillado y asentó con la cabeza.

Al pasar de los minutos un hombre muy atractivo se hizo presente. Era Mario. No puedo olvidar esa primera vez. Sus ojos mostraban serenidad y su altura lo hacía percibirse muy imponente. Portaba un traje gris con una camisa aperlada y no llevaba corbata ese día, pues se advertía que acababa de retirarla porque traía en mano. Muy discretamente la introdujo en el saco para después informar que aguardaban por él. Yo le sonreí y lo conduje hasta el lugar. Él me siguió y en cuanto sus compañeros lo vislumbraron le lanzaron una sonrisa picarona. Este tomó una silla y yo me despedí de todos ellos y marché. Pero antes de salir de su presencia viré un poco para contemplarlo por última vez. Él se percibía aún de pie y sin apartar su mirada de mí. Yo no lo dudé y le sonreí por última vez antes de que este tomara asiento. Él se sonrojó y saludó a sus compañeros que lo miraban muy asombrados.

Después de tres horas se acercaron a mí y se despidieron. Yo me despedí de ellos muy amablemente sin dejar de mirarlo a él. Fue muy evidente que yo le atraía, ya que Jorge (el menor de todos) le dio un codazo para que volviera en sí. En cuanto marcharon salieron por la

entrada principal y se condujeron hacia el estacionamiento.

En la semana siguiente una camarera del lugar y amiga mía me informó que un joven había preguntado por mí. Aquella persona le había indicado que quería saber mi nombre y que estaba interesado en mi horario laboral. Yo no tenía idea de quien podría ser, así que pregunté por sus características faciales. Ella me describió a la persona con santo y seña, pero no tenía ni la más remota idea de quien podría ser, o no a quien yo esperaba. Antes de regresar a mi puesto me indicó que aquel individuo había informado que el día de hoy pasaría de visita. Así que aguardé su llegada y me preparé para causar una buena impresión. Pero el joven que acudió esa noche no era precisamente el hombre a quien yo aguardaba. Aun así, hablé con él. Me invitó a tomar una cerveza en un bar cercano, no obstante, le indiqué que no bebía y que no tenía tiempo para ello. Sin más ni más se marchó y no volví a verle durante mucho tiempo.

Transcurrieron los días ,después las semanas e incluso un mes completo. Hasta que un día se hizo presente.

—Buenas tardes.

Aparté la mirada de la pantalla para contemplar el rostro de aquella persona. Era simplemente lo que deseaba de un hombre: su tono de piel blanca y bronceada, sus cejas extravagantes y tupidas que hacían divisar una mirada penetrante y seductora. Sus ojos amielados y su cabello ligeramente largo y alborotado que lo hacían distinguirse como todo un bohemio.

—Buenas tardes. —declaré.

—Tengo una reservación.

—Claro que sí, caballero, permítame. —posé nuevamente la mirada en la pantalla y pregunté—. ¿A qué nombre?

—Mario Barat. —respondió seguro.

Entre varios nombres de la lista de reservación, localicé el suyo

—Mario Barat. ¿Es usted?

—En persona, —respondió muy animado. Yo le mostré una sonrisa y lo conduje hasta su mesa. Después marché del lugar y lo miré por última vez antes de regresar a mi sitio.

Al cabo de un par de horas salió del restaurante y se dirigió a mí.

—Hasta luego. Señorita...

—Tamara —respondí muy animada—, mi nombre es Tamara.

—Bien, Tamara. Hasta pronto. — ¿y salió de mi presencia para dirigirse a su auto.

Durante dos meses, y cada jueves, había reservado una mesa junto al bar. En ocasiones se le percibía junto a un amigo, pero la mayor parte se le miraba solo. Yo pasaba constantemente sobre el pasillo principal en donde se podía apreciar claramente, y él me miraba sin dejar de beber de su copa.

Un día, me armé de valor y me dirigí a su mesa.

—¿Todo en orden, caballero?

—Todo en orden, señorita, gracias.

—Lo que desee, con gusto se lo proporcionaremos. —Y le mostré mi mejor sonrisa, pero él me regresó el gesto con una muca seductora.

—¿Está usted segura?

—¡Por supuesto...! —le indiqué mientras me aproximaba—. ¿Hay algo que desee, caballero? Con gusto se lo haré llegar.

—No, señorita. Estoy bien por el momento.

—Bien, cualquier cosa, quedo a sus órdenes.

—Sí, y gracias por molestarse.

Le sonreí como una loca enamorada y de inmediato marché de su lado.

Pero sabía que un hombre como él no podría fijarse en una mujer como yo. A simple vista se percibía que provenía de una buena familia, en cambio yo, de una humilde gente de barrio. Él podría tener a cualquier chica a sus pies, y podía tener a cualquier modelo de lencería como pareja. En contraste yo, era una chica cualquiera de estatura promedio y de senos poco voluminoso, de tez morena clara y de esbelta figura. Y aunque portaba unos ojos violetas y muy extravagantes a la vez sabía que no bastaría para que se fijase en mí.

Traté de imaginarme a su lado. Un sinfín de cosas idealicé despierta mientras seguía atendiendo a los comensales. Cuando de repente, se

acercó a mí y se despidió muy amablemente.

Después de que marchó yo seguí pensando en él. Recordé su sonrisa y en el cómo me miraba. Así pasaron las horas hasta que terminó mi turno.

Salí del restaurante con algunos compañeros un poco antes de medianoche ya que el taxi que habíamos rentado había demorado. Este, era el vehículo que compartíamos mis compañeros y yo para que nos trasladara a nuestro respectivo hogar.

Estaba a la espera con una compañera de trabajo sobre la cera, cuando de repente, se aproximó a mí.

—Sino es mucha molestia... —escuché su voz aterciopelada— Me encantaría llevarte.

Cuando viré sobre mi hombro, lo percibí a mi costado. Y con una enorme sonrisa asentí...

En ese instante, concebí que alguien me tomaba por los hombros y me depositaba un beso en la mejilla.

—¿Qué tal tu día? —escuché su voz—. ¿Estás preparada?

Ese beso me hizo regresar al presente y recordar que alguien aguardaba por mí. De inmediato cogí su mano.

—Preparada.

Capítulo 3

Capítulo 3

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

—Y, ¿a dónde vamos? —le indiqué mientras el auto se adentraba por el anillo periférico.

—Ya lo verás. —respondió muy tranquilo.

—Por favor, Mario. Tienes que indicarme qué piensas hacer, sabes cuánto me molesta el no saber a donde me dirijo.

—Lo sé y por eso lo hago. —y acarició mi pierna.

Yo llevaba puesto un vestido corto y sencillo de color gris, de cuello tipo canoa y de mangas largas que se ajustaba suavemente en mi cuerpo. Un cinturón de anillos metalizados se posaba en mi cadera y unas zapatillas en tono negro hacia juego con las medias. Mi cabellera castaña oscura y suelta se percibía suave y rizada, pues sabía cuánto le encantaba verme así.

—¡Mario, por Dios! ¡Tranquilo! —y retiré su mano, pero él solo sonrió. Recordé en ese instante cuando apenas comenzábamos a salir...

Cada noche después del trabajo me depositaba en mi hogar. Mi casa se hallaba en una zona popular junto a otras casitas de estilo callejero. Nunca se expresó sorprendido o incómodo. Siempre me sonreía y no paraba de cuestionarme. Me preguntaba qué comía, cual era mi color favorito e incluso mi autor favorito. Al parecer solo le interesaba yo.

Una noche, después de despedirme de él cerré la puerta, pero antes de que esta se cerrara completamente metió un pie. Yo lo miré sorprendida, y mientras lo hacía se acercó a mí y me tomó por el talle para aproximarme a sus labios... Con una delicadeza me besó. Estaba ansiosa de besarlo, así que lo tomé por el cuello y correspondí a su gesto. Esa noche se despidió de mí diciendo: "Tenía ganas de hacerlo desde hace tiempo". Yo tomé su rostro entre mis manos y agregué "Igual yo"

Después de ese beso y durante año y medio iba por mí al trabajo y me retornaba a mi hogar cada noche. Mi hermana Martha siempre me expresaba que lo nuestro no iba a durar, que había bastante diferencia social y que en cualquier momento llegaría otra a tomar mi lugar.

—Tamara, tarde o temprano ese tipo te botará. No estás a su altura como para amarte de verdad.

—Martha —dijo mi otra hermana—. Envidia es lo que te sale de la boca. Tienes celos de que Tamara tenga a tremendo hombre como pareja. Y en cambio tú, a un naquito* cualquiera. (*individuo vulgar, pobre y sin instrucción)

—Ivón, —se expresó furiosa— no impliques a Víctor en esto. Sabes mejor que nadie que él no ha encontrado trabajo porque ha perdido sus documentos del colegio y nadie desea contratarlo.

—¡Ajá! Y tú vas y se lo crees, ¿no? De verdad, Marta, ¿cómo puedes ser tan ingenua? —Ya, ya, ya. —musitó mi madre— Cálmense las dos ¡O juro por Dios que les daré una chanclisa!, ¿han escuchado? —y con sandalia en mano, nos amenazó a todas. Yo solo reí. Menee la cabeza porque era inconcebible de que hablara en serio. Ya éramos demasiado grandes como para temerle a una sandalia, pero todas callamos y nos dedicamos hacer las labores.

Esa noche pensé en lo que Martha había revelado, y me cuestioné: ¿En verdad Mario nunca me llegaría a amar? Con mucha tristeza me acorruqué en la cama y apreté la almohada fuertemente para llevarla a mi pecho. Mi hermana Ivón que era mi compañera de alcoba, musitó:

—No le creas a Martha porque ella tiene celos de ti. Solo te pido que tengas cuidado de ese hombre ya que los de su clase solo están interesados por lo que tienes entre las piernas. —apagó la luz de la habitación y se metió a la cama. Esa noche no dormí nada bien.

Mario cada fin de semana retornaba a mi hogar para invitarme a salir, ya sea por la mañana o por la tarde, todo dependía de mi horario laboral. Una tarde, me invitó al cine, pero antes de hacerlo decidió hacer una escala.

—Y... ¿Qué hacemos aquí? —le indiqué mientras el auto se estacionaba sobre la acera.

—Tengo que ver algo —y apagó el swich del auto—, solo será un momento—. y bajó de él. Yo lo miré e hice lo mismo, bajé del auto y lo seguí. . Enseguida se aproximó a una casa y abrió la puerta. Al instante se

dejó apreciar una vivienda de tres niveles y en estado de remodelación.

—Dime, ¿por qué hemos venido aquí? —pregunté de inmediato.

—Debo de ver el trabajo que han realizado los contratistas porque tengo que cerciorarme de que se haya ejecutado bien.

—¿Por qué? —lo miré con asombro. Pero él mirando su entorno se apresuró a infortmar.

—Soy el encargado de la obra.

—¿Qué has dicho?

—Sí... Te he explicado a que me dedico, ¿o no?

—Así es.

Mario me había informado en reiteradas ocasiones a qué se dedicaba. Él profesaba la carrera de Ingeniero civil y trabajaba para una firma muy importante de la ciudad de México.

—Creí que lo tuyo era construir puentes, aeropuertos y carreteras, ¿o no? Sinceramente no sé por qué has decidido hacer algo como esto.

Él mostró una mueca alegre.

—Me gusta construir. Todo lo referente a ello es agradable para mí. Además, este trabajo lo acepté porque mi tío me lo ha solicitado.

—¿Acaso esta residencia es de tu tío?

—Sí. —contestó muy seguro.

Yo lo miré muy sorprendida, y mientras inspeccionaba una pared musité:

—Bien, ingeniero —sonreí—. Se ve que dominas tu trabajo. Esto me ha dejado verdaderamente muy impresionada...

La casa poseía pisos de porcelanato al alto brillo en un tono beige y las paredes se apreciaban con un texturizado en salpicadura fina. Al fondo se distinguía un ventanal enorme en cristal que dejaba apreciar un jardín por la parte posterior de la casa. Unas escaleras se percibían a la izquierda, y estas, daban precisamente a la planta alta.

—Parece que va quedando bien. Pero sabes que te faltó... —Él me miró sorprendido y con el ceño fruncido me escuchó decir: —Una chimenea.

—¿Una chimenea? —cuestionó enseguida.

—Sí, una chimenea —declaré—. Toda casa debe de tener una, ¿o no? —Caminé por la habitación, y sintiéndome toda una experta le manifesté: —Sé que en esta zona no es necesario, pero creo que se ven muy elegantes. ¿A ti no te parece?

Él me miró sorprendido.

—Lo tendré en mente.

Esa tarde después de revisar la casa nos dirigimos al cine. En la sala mayor se proyectó la película "*Lo mejor de mí*". Al término de la función me invitó a cenar. Ya era pasado de media noche cuando retorné a mi hogar y mientras me acomodaba en la cama recordé una escena de la película. Me dije: ¿Será posible que él me amase para siempre como aquellos dos protagonistas...? ¿Será posible que no le importase de dónde provengo? ¿Será posible que lo nuestro no fuese tan solo un juego...? Soñé, pensando en él, y de toda una vida a su lado.

Conforme fueron transcurriendo los meses un deseo en mí se produjo en mi interior, pues lo que más anhelaba era pasar tiempo con Mario, ya que sus caricias encendieron en mí un apetito desenfrenado por amarlo. Y no solo de amarlo, sino de querer tener intimidad.

Una tarde me invitó a cenar. Me arreglé lo mejor que pude para causarle una buena impresión. En cuanto este me vio, me plantó un beso enorme, me subió al auto y nos dirigimos a un restaurante muy elegante de comida italiana. Las pastas me fascinaban y él lo sabía. Esa noche (y por primera vez) probé un vino rosado que era muy dulce al paladar. Tres copas fueron suficiente para sentirme alucinada. Ya era de noche cuando abordé el auto, pero el destino no era precisamente mi hogar, sino aquel lugar en dónde se ubicaba aquella casa.

—Dime, ¿por qué hemos regresado?

—Quiero mostrarte algo.

En cuanto se abrió la puerta principal percibí la residencia con mejores acabados y casi terminada. Él me tomó de la mano y me introdujo en ella. Encendió las luces de la sala de estar y me condujo hasta la sala principal. Ahí, aprecié un par de sillones estilo chesterfiel en un tono gris y muy elegante. Del techo colgaba una lámpara forja de seis luces y por el enorme ventanal se podría apreciar el patio posterior ya terminado e

iluminado con pequeñas lámparas de jardín. Una alfombra se apreciaba sobre mis pies y a mi izquierda una chimenea de estilo clásico y con algunos leños. Yo, lo contemplé atónita.

—¡Qué maravilla! —expresé—. Mira que bien luce esto... Ves, te lo dije, una chimenea haría la diferencia.

—Al parecer al tío Tom le agradó tu idea.

—¿El tío Tom?

—Claro. ¿Acaso no te mencioné que esta propiedad le pertenece? Por eso hice los arreglos.

—Sí, sí lo has hecho... ¿Y le has hablado de mí? —le pregunté sorprendida.

—Por supuesto —y me abrazó—. No le podría ocultar este sentimiento que siento por ti... No a él. —Y me besó de tal forma que me sentí flotar. De repente, una de sus manos me tomó por la nuca y de inmediato sus labios comenzaron a descender por mi cuello. ¡Qué placer me provocó! Enseguida me aferré a su cabeza y le di dirección para orientarlo hacia mis pechos. Él besó mi escote con avidez, y en breve, su mirada ascendió para mirarme a los ojos.

—Te quiero, Tamara. —lo susurró tiernamente.

—Y yo a ti... —Lo dije con el mayor deseo.

Nuevamente me besó con tal pasión que de inmediato me encendió el alma. No supe cuando desabotonó mi vestido, pero lo disfrute. Con una suavidad lo fue deslizándolo sobre mis hombros y este poco a poco fue desendiendo hasta posarse a mis pies. Si dejarlo de mirar a los ojos, sentí cómo y con una agilidad retiraba mi sostén. En cuanto lo hizo se retiró la chaqueta y la camisa manteniendo su mirada en mí. De inmediato un pectoral y un abdomen tan marcados como el de Chris Hemsworth me deleitó la pupila.

A mi mente se venían todos aquellos temores que una vez hubo, y el cual, había remarcado mi hermana en esas últimas semanas. Y mientras seguía besándome, dejé de tocarlo. Él se detuvo y me miró.

—¿Qué te sucede?

—Nada... —lo dije sin mostrar mi inquietud—. Solo que tengo un poco de frío.

—¿Quieres que encienda la chimenea?

—Claro.

Imaginé que tal vez se demoraría en hacerlo, pero simplemente movió una llave de paso y lanzó un fósforo a ella, y con una rapidez los leños se fueron consumiendo uno a uno. Yo, di unos cuantos pasos para aproximarme a mi ropa, pero en cuanto él me miró me cuestionó.

—¿A dónde vas?

Me quedé quieta de momento y viré poco a poco para mostrar mi rostro.

—Voy a apagar la luz... Es que... me da un poco de pena.

—¿Y de qué te da pena?

No quería responder.

—No creo ser tan hermosa para ti.

Se acercó a mí y mirándome a los ojos extendió el brazo para tocar el apagador que se percibía a mi espalda. Estando a oscuras y con tan solo la luz del patio que se introducía desde el ventanal me dijo:

—Tú, eres verdaderamente hermosa, Tamara, y no tienes por qué avergonzarte, te lo aseguro. —Me tomó entre brazos para llevarme nuevamente a la alfombra, y en el mismo instante en el que me procuró un beso. Ahí me recostó y continuó con el acto. Rápidamente se retiró los pantaloncillos y la ropa interior para posarse desnudo sobre mí. Su cuerpo se sentía tibio y eso aumentó mi respiración. De nuevo esos labios se depositaron en mí, y no tardó en mordisquearme un pezón. Yo jadíé. Con su otra mano acariciaba mi seno y una necesidad urgente de abrir las piernas se evocó en mí. Con agilidad retiró mis pantaletas y las arrojó a su costado.

Ya era demasiado tarde para recapacitar... Aquel temor de entregarme a él se desvaneció, solo emergió el deseo y la necesidad urgente de amarlo en cuerpo y alma.

Su miembro se sentía rígido y palpitante. Con una delicadeza abrió mis piernas y suavemente se introdujo en mí. ¡Dios, qué locura, qué sensación, qué exquisitez! Sin tardar comenzó a bombear y yo clavé mis uñas en su espalda, pues no deseaba que parara eso. En breve sentí un latir en mi interior a lo que seguramente se le podría decir orgasmo. Él no paraba de menearse y en cuanto se detuvo supe de inmediato que había alcanzado el suyo. Al término se relajó sobre mí y me brindó su calor. Yo

lo abrasé y escuché su respiración. Después de un par de minutos se colocó a mi costado y se relajó. Yo giré, posé mi mano sobre su enorme pecho y él la cogió.

Ya estaba hecho, no había vuelta atrás. No había remordimiento en mi interior pues yo lo deseaba y sé que él a mí también.

—Tengo que regresar cuanto antes —expresé asustada—, o mi madre se preocupará por mí.

Él me miró.

—Te llevaré en un momento —viró—... ¿Quieres ducharte?

—No, estoy bien así —declaré—. Si mi madre se da cuenta de esto... ¡la que se me arma!

Se incorporó y me tendió la mano. En cuanto me elevé del suelo me dirigí a donde se hallaba el sostén y lo coloqué con rapidez. Mientras me colocaba el panti lo escuché decir.

—¿Tamara, eras virgen?

Lo miré a la cara. Y por un instante me quedé callada.

—Tamara, responde..., ¿eras virgen? —Dudé en responder, no tenía idea del porqué de su pregunta.

—Sí —finalmente pronuncié—. ¿Cómo lo supiste?

Mario miró la alfombra y yo dirigí la mirada a ella. El lienzo mostraba una pequeña mancha de sangre en el centro y de un tono rojo. Muy apenada terminé de colocarme la blusa y me acerqué a él.

—Te prometo que regresaré para lavarla. Conozco un buen remedio casero que logrará desvanecer la mancha. Créeme, tu tío no se enterará de esto, te lo aseguro.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Lo dijo sorprendido.

—¿Tenía que hacerlo...? —lo expresé mientras fruncía el ceño—. Nunca creí que fuera importante o que fuera necesario, ni tampoco creí que te molestara.

—No es eso, Tamara. Simplemente nunca creí que tú... a tu edad...

—Y qué tiene mi edad? —Yo apenas había cumplido veintidós.

—Tengo la edad suficiente para decidir con quien acostarme, ¿o no?

Me aparté de él, tomé mis zapatillas y las coloqué en mis pies. Me sentía verdaderamente apenada ya que muchas compañeras habían perdido su virginidad desde los quince en cambio yo, no podía pensar en ello pues tenía tantas cosas por hacer, y con la enfermedad de mi padre no tenía tiempo suficiente como para estar con chicos o como para hacer vida social. En ese momento me sentí humillada, como si fuese un cero a la izquierda. En cuanto terminé de colocarme el vestido me apresuré a salir. Al abrir la puerta de la entrada principal Mario se apresuró a sujetarla y me miró.

—Tranquila, bonita —me miró—. No es lo que tú crees. Simplemente a esta altura no se puede hallar una mujer como tú. Créeme, cariño... Me siento honrado.

Las lágrimas brotaron de mis ojos pues me sentía como una verdadera estúpida. Nunca creí que eso fuese importante para él y mientras las enjuagaba él me abrazó con ternura.

—Ya, tranquila —lo dijo tiernamente—. Permíteme un momento en lo que me alisto para que te lleve... Y por la alfombra..., no te preocupes —sonrió—. Yo lo arreglo.

Al poco tiempo salimos de la residencia y subimos al auto. Pensé que después de aquella noche jamás lo volvería a ver, pero después de nuestro encuentro amoroso se comunicaba constantemente por teléfono; declaraba que me extrañaba y que no veía la hora para volverme a ver. Que alegría fue para mí el sentirme amada, y que felicidad fue el saber que no sería abandonada.

Constantemente me llevaba a aquella casa para tener intimidad y para volvernos amar. Un tarde calurosa le mencioné que no tendríamos más coito si no colocaba una cama en ella, pues estaba cansada de hacer el amor sobre la alfombra porque me dolía la espalda. Por una extraña razón una de sus prioridades en la semana siguiente fue tener preparada cuanto antes la alcoba principal. Los contratistas trabajaron en ella toda la semana y la terminaron a la brevedad. Él, y no otro, fue la persona encargada de colocar una enorme cama en su interior. Cuando me mostró la habitación con algunos muebles y llena de ramilletes de rosas me sentí feliz. Nadie había hecho algo tan romántico por mí.

Tuvimos varios encuentros amorosos en aquel lugar, y siempre iniciaba en el auto y acariciándome la pierna ya que eso verdaderamente me enloquecía.

Cuando caí a la idea Mario se detuvo en aquel restaurante italiano que se ubicaba en la tercera sección de Polanco.

—*L'Osteria del Becco...* —le indiqué sorprendida— ¿Estás seguro?

El restaurante era uno de los más lujosos y costosos de la zona.

—Por supuesto —sonrió—. Pero si no lo deseas... —nuevamente me acarició la pierna— iremos a otra parte.

—No, no, no, no. Está bien —le indiqué antes de que continuara avanzando—. Primero cenamos y después... que venga lo que venga, ¿te parece bien? —Él tomó el volante y sonriendo para sí.

—Claro, por mí no hay problema.

Esa noche y después de cenar retornamos a nuestro hogar e hicimos el amor como nunca...

Capítulo 4

Capítulo 4

La luz que se colaba por la ventana daba directamente en mi rostro. Unos pequeños bigotes de un animal felino se sentían en mi mejilla y una tranquilidad en la habitación se percibía por doquier.

Me levanté somnolienta y me dirigí al baño. Luna que ya se hallaba en la alcoba no tardó en seguirme, en cuanto salí del lugar me volví a costar, pero la gatita se acercó a mí y comenzó a lamerme haciendo a la vez un pequeño chillido para llamar mi atención.

—¡Vale, vale! Ya voy —le indiqué al felino—. No tienes qué hacer tanto drama.

Me levanté de la cama no sin antes percibir a Mario en ella. Él se mantenía boca abajo; su espalda amplia y desnuda era soberbia, una de sus piernas la mantenía flexionada mientras que, una de sus manos apuntaba directamente a su rostro. Solo un pedazo de sábana cubría ese majestuoso trasero.

Sonreí para mí, sabía que ese hombre solo era mío. Con tranquilidad me coloqué la ropa interior, saqué de la cómoda una playera y un short corto y me lo coloqué. Enseguida llamé a Luna para que saliera conmigo de la estancia y encamirla hacia la cocina. En cuanto bajé por las escaleras contemplé el retrato del tío Tom. Y como todas las mañanas lo saludé.

—Buen día, Tom. Qué gusto es verlo por aquí.

El señor Tom había muerto hace poco más de un año y Mario había decidido colocar su retrato en la pared del recibidor. Todas las mañanas saludaba su imagen en acción de gracias por habernos heredado la casa que con tanto cariño había remodeló Mario.

Ya en la cocina saqué la comida del gato y la coloqué en el plato, después salí del lugar y me dirigí al cuarto de ejercicio que se localizaba al fondo de la casa. Por el pasillo me topé con Mónica, que era la mujer encargada de mantener todo en orden.

—Buen día, Mony. —la saludé afectuosamente.

—Buen día, Tamara —gesticuló con agrado—. Hace tiempo que no te veía por aquí. ¿Estás de vacaciones o algo por el estilo?

—No, para nada, Mony... Lo que pasa es que he sido despedida.

—¿Cómo? ¿Pero, por qué?

—Sí, ya ves. Cuando no hay espacio para una persona como yo tienden hacer algo por el estilo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aún no lo sé —elevé los hombros—... Pienso en darme un descanso en lo que consigo otro empleo.

—Si es que su esposo la deja expresó Mony mientras elevaba la ceja.

—¿Cómo que si me deja? —la miré con el ceño fruncido. Sabía que Mario esperaba que no volviese a laborar y creo que ella lo sabía, puesto que muchas discusiones que habíamos tenido sobre el tema se efectuaban en la cocina y en su presencia. A él no le inquietaba remarcar me que no tendría por qué laborar ya que él era capaz proporcionarme todo lo que deseaba—. No necesito que me dé autorización de hacer lo que me venga en gana, Mony, y lo sabes... Sabes de antemano que me mando sola. Además, no tiene porqué enterarse de lo que pretendo hacer, ¿verdad? Y no creo que seas capaz de decírselo, ¿o sí?

—No, para nada, Tamara —expresó sorprendida—... Te juro que no diré nada.

—Bien, Mony. Me alegro de que estés de mi lado. Si no nos apoyamos entre nosotras, entonces, ¿en quién?

—Sí, tienes razón —sonrió, pero antes de retirarme cuestionó— ¿Qué deseas que haga para el desayuno?

—Por mí lo que sea está bien, en cuanto a Mario... —toqueteé mi barbilla con los dedos — prepárale perro atropellado. ¡Sabes cómo le encanta!

—Bien, Tamara, lo haré enseguida.

Nos despedimos y me dirigí al cuarto de ejercicio. Al ingresar busqué el libro de yoga que hacía días había olvidado en el sitio, y que se percibía sobre un estante. Enseguida lo cogí y salí del lugar. Me dirigí a la sala y tomé posición sobre la alfombra blanca. Realicé algunos ejercicios de estiramientos y comencé con mi rutina. Estaba algo rígida ya que por varios meses (sino es que por un año), había dejado de practicarla. Después de varios minutos y mientras mantenía la postura del "perro

hacia arriba” sentí cómo una enorme mano se posaba en mi firme glúteo derecho. Sin basilar giré el rostro y lo percibí a él.

—Mario, por Dios, ¿Qué haces? —expresé muy sorprendida.

—Aquí... Mirando cómo te ejercitas. —Él se descubría hincado sobre una rodilla y mirándome apaciblemente.

Yo, le tiré un manotazo sobre su hombro y me quejé, él trató de esquivar el golpe colocando su mano, pero aun así fui más astuta que él y este ingresó en su cuerpo. No tardó en incorporarse y tomarme por mi estrecha cintura y conducirme a él. Y aunque traté de oponerme me llevó consigo al sillón. Ahí, no hizo otra cosa más que besarme con ahínco.

—¿Por qué no me levantaste? —Lo dijo efusivamente mientras separó por un instante sus labios de mi boca.

—Porque te vi muy relajado entre las sábanas y no quise molestarte. Además, *Luna* quería que le diera de comer y no creí prudente levantarte por eso.

—Bien. —Y me dio un beso más— Pero ahora que estoy despierto... ¿qué te parece si continuamos? —Sabía perfectamente a qué se refería, pues la noche anterior habíamos tenido sexo como nunca. Y a pesar de que yo quedé satisfecha él deseaba aún más.

—Sí, pero no aquí.

—Entonces subamos. —Se levantó del sofá y me tomó en brazos, comenzó a besarme y yo reí como loca, pues su barba me hacía cosquillas en el cuello.

—No, espera, espera, Mario... El desayuno, el desayuno está listo —le indiqué. Él apartó sus labios de los míos y me miró—. Qué te parece si primero desayunamos y después subimos.

Afirmó a mi pedido y me llevó al desayunador que se localizaba en la habitación contigua. En cuanto miré a Mony en el sitio le di tres golpes en el hombro para que me bajase, pues me apenaba demasiado que otras personas nos miraran así (de calientes).

—Mario, por favor, bájame.

Mario contempló mi rostro y después miró a Mony. Mony se hizo como si no hubiese visto nada y se entretuvo picando la fruta. Mario sonrió para sí y me bajó con cuidado, no sin antes besarme como un loco enamorado. Traté de apartar mis labios de los suyos, pero este me retuvo y solo me

soltó cuando mordió mi labio y yo solté un quejido.

—Por dios, Mario, ¡que me lastimas!

Él sonrió y enseguida se sentó a la mesa. Yo me coloqué a su costado y tomé asiento. Mony de inmediato comenzó a servir.

Ya estando a la merienda y disfrutando el guisado, contemplé a Mario. Él se mantenía callado y degustando su alimento. Como siempre yo era la que iniciaba la charla, y para no perder la costumbre le indiqué:

—¿Qué tal el desayuno?

—¡Exquisito! —Se expresó enseguida y se limpió los labios para agregar— Tenía días de no comer algo tan delicioso— Dirigiendo la mirada a la servidumbre agregó:— Gracias, Mony. No había comido algo tan delicioso en días —Y le sonrió. Mony le regresó el gesto y asentó con la cabeza. Yo, que no me lo creía exprese.

—¿Qué...? Pero... Si he sido yo la que lo ha sugerido.

—Sí, pero fue Mony quien lo ha preparado.

—Sí. Pero de no ser por mí no hubieses comido tan delicioso.

El meneó la cabeza en el mismo instante que mostraba su encantadora sonrisa, pues sabía qué tenía que darme la razón si es que quería tener coito.

—Bien... Gracias, Tamara... Que bien te quedó esto.

—De nada, cariño. —expresé tajantemente— Sabes que solo vivo para complacerte.

Meneó la cabeza en el mismo instante que reí, pues la insolencia de mi parte era abrumadora. —¿Quieres que te prepare algo más? —Y mirándome a los ojos expresó; —Un poco de papaya con queso cottage si no te molesta.

Me levanté de la mesa y acerqué un plato a Mony, ella, que ya había picado algo de fruta la colocó sobre el plato mientras que yo, sustraía el queso del refrigerador. Cuando hubimos terminado se lo ofrecí.

—Aquí tienes, amor. —me acerqué a él y se lo di. Él lo tomó y comenzó a degustarlo. Y mientras lo hacía, lo contemplé maravillada. Recordé aquella primera vez que lo vi comer. Y eso, me hizo cuestionarlo.

—Mario.

—Si.

—¿Por qué decidiste casarte conmigo?

Él guardó silencio por un instante y no posó su mirada en mí porque estoy segura que no esperaba esa pregunta. Y mientras transcurrían los minutos poco a poco prefirió degustar el platillo y guardar silencio. Yo, extrañada volví a preguntar.

—¿Acaso me has escuchado?

Él elevó el rostro y me miró a los ojos. Y después de permanecer callado por un momento musitó.

—Sí, te he escuchado...

Capítulo 5

Capítulo 5

—Y... ¿entonces?

—¿Entonces qué?

Lo miré extrañada. No podía creer que no tuviese valor para responderme.

—Ya, no importa... —expresé dolida—. Tu silencio lo dice todo. —De inmediato me quedé callada y puse la cara más triste que haya tenido en toda mi vida. Él me miró sorprendido y después de llevarse el último alimento a la boca refirió:

—No sabía que el silencio hablara por mí parte y mucho menos que supiese qué es lo que está en mi mente.

De inmediato jaló la silla en donde me posaba y la acercó a él. Después, colocó su mano varonil sobre mi pierna y declaró;

—Tamara... ¿Por qué siempre lo preguntas?

Yo aparte la vista de él.

—Porque tú siempre evades esta pregunta y caigo a la idea de que no me quieres.

—¿Acaso no te lo he demostrado? —declaró sorprendido— ¿O te he dado motivos para que pienses lo contrario? Dime, cariño... ¿Por qué nunca me crees?

Recordé el día en el que le declaré que creí estar embarazada. Fue hace un par de años atrás... Me hallaba en el auto muy angustiada cuando le expresé:

—Mario, hay algo que debo decirte, pero no sé cómo lo vas a tomar... Créeme que esto no lo había planeado, simplemente sucedió y ya. Así que deseo que me expases con total sinceridad lo que realmente opinas y está en tu corazón.

—Te escucho. —repuso muy intrigado.

Guardé silencio por un momento, y nerviosa, comencé a girar el anillo que portaba en el dedo anular. Cuando tomé valor en el asunto declaré:

—Creo que estoy embarazada...

Él por un momento se quedó callado y sujetando el volante del auto sin pronunciar palabra alguna. Afuera, la lluvia caía a cántaros y se descubría a través del parabrisas. El tintineo de las gotas que chocaban sobre el toldo hacía eco sonoro en el interior del auto. Mi corazón latía con frenesí y un nudo en la garganta se fue formando, pues su silencio me estaba atormentando. Y antes de que dijese alguna palabra hiriente, de dolor o negativa, hablé yo.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Simplemente quisiera saber si cuento contigo para el pequeño... Si tu decisión es apartarte de nosotros... Está bien, no hay problema, pues no pretendo atarte con esto. —Dejé el anillo en paz y comencé a tomar mis pertenencias que se percibían sobre el tablero del auto. De inmediato comencé a colocarlas dentro de la bolsa como el mejor mago de dedos rápidos que hubiese, y con una agilidad me coloqué el suéter y expresé— Disculpa, pero tengo que entrar... gracias por todo y, fue maravilloso lo que pasó entre nosotros. —Quitó el seguro del auto y jalé la manija de la puerta antes de que se me escurrieran las primeras lágrimas y él la distinguiese. Sabía en el fondo de mi corazón que aquello sería demasiado para él.

—Espera, ¿A dónde vas? —Jaló la puerta del auto para que yo no marchase—. Tamara, no interpretes mal mi silencio, simplemente esto no me lo esperaba. —Colocó su mano en mi mejilla, y mirándome a los ojos con dulzura expresó—. Sabes... me encantaría que fueras mi mujer.

En ese momento cerré los ojos y esto provoco en mí que descendiera lágrimas, pero no de dolor, sino de felicidad. Qué alegría sentí al escuchar aquellas palabras.

—Mario —y tomé su mano—. No quiero forzarte hacer esto si tú no lo deseas. Quiero ser tu mujer, pero no de esta forma.

—Tamara, verdaderamente sé que estamos hechos el uno para el otro. Y no es por el niño, créeme. Tenía planeado casarme contigo... no ahora, pero sí en un futuro. Simplemente esto vino a acelerar las cosas.

Lo abracé y lo llené de besos. Esas palabras me hicieron sentir plena. Después de un momento descendí del auto con una alegría en el alma e ingresé en mi morada. Esa misma semana hablé con mi madre para hacerle saber que Mario pretendía hablar con ella, pues tenía planeado solicitarle mi mano en matrimonio y pretendía que nos casáramos cuánto

antes. Mi madre, una mujer chapada a la antigua, se alegró. Y lo primero que me proclamó fue:

—¿Estás embarazada?

Yo no me esperaba su pregunta (pero lo intuía) y con la mayor hipocresía lo negué. Mi madre no me cuestionó más y se alegró conmigo. Esa misma tarde habló por teléfono y convenció al tío Jorge para que nos acompañase cuando le solicitaran mi mano, ya que mi padre se encontraba en cama y no podía hablar, pues su malestar se lo impedía. Ese fin de semana y en una tarde calurosa, llegó Mario acompañado con el tío Tom. Se sentaron en la sala que era una pequeña habitación con apenas un sillón doble, una mesita, tres sillas y un librero que se ubicaba en la parte frontal de una ventana. El tío Tom se mostró muy alegre y cordial. Trajo consigo una cesta frutal que de inmediato se la ofreció a mamá. Ella la tomó y la colocó a su costado. Esa noche, y después de mucho tiempo alzó la copa en el aire alegría, pues se sentía llena regocijo al saber que me casaba.

Habíamos decidido hacer una pequeña festividad con tan solo algunas cuantas personas allegadas a la familia y con algunos amigos y compañeros de ambos. Aquella celebración se efectuaría en un lugar cercano al domicilio del tío Tom, ya que tenía a su disposición un pequeño salón de eventos.

Una semana antes de efectuarse la boda se me vino un sangrado. Así que visité al médico para averiguar qué era lo que ocurría. Aquel doctor de ojos saltones y de semblante tranquilo, mandó a su enfermera a tomar una muestra de sangre para realizar algunos estudios y averiguarlo. Al día siguiente retorné a la clínica solo para saber que yo jamás había estado embarazada y que todo esto se debía a que había tomado las pastillas de emergencia desmesuradamente, provocando en mí un retraso. Cuando salí del consultorio pensé: <<"Creerá que lo he hecho con alevosía y ventaja solo para obligarlo a casarse conmigo">> Así que esa misma noche se lo hice saber. Él no mostró preocupación, lo tomó con calma e incluso así decidió continuar con los preparativos de la boda. Ya para ese fin de semana ya éramos marido y mujer.

—Tamara —chasqueando los dedos enfrente de mí—, responde.

Había divagado en mis pensamientos que no me di cuenta de que había dejado pasar un minuto en silencio. Cuando lo miré, indiqué.

—¡No me truenes los dedos, que no soy tu tonta!

Él mostró una sonrisa seductora.

—Lo sé, y no lo hago por eso, créeme. Simplemente te has quedado callada y quería saber si aún continuabas aquí.

Yo, solo reí. Enseguida me tomó por la mano y me elevó de la silla para llevarme a su regazo.

—¡Tamara querida! —y posó un besó suave en mi mano—. Me casé contigo porque te quiero y porque quería que fueses mi mujer. No deberías permitirte divagar en tus pensamientos buscando otra respuesta a esta pregunta porque no la hallarás... Esta es la correcta.

Me quedé callada de momento y disfrutando de sus caricias, cuando de repente, su mano acarició mi muslo izquierdo y se encaminó hacia otra región más oscura.

—Entonces respóndeme esto: ¿por qué regresaste aquella tarde al restaurante? —él me miró extrañado y repuso—. Ya te lo dije, ¿o no? —No, no lo has hecho. —Contesté mientras fruncía en ceño—. Dime, ¿Por qué?

Se quedó mudo de momento como si estuviese pensando qué decir. Y estirando el brazo tomó la jarra de jugo de naranja y se sirvió un poco en un vaso para después beber de él. Yo contemplé cómo este transitaba por su garganta haciendo mover su manzana de adán de arriba a abajo. Después de ingerirlo en su totalidad, formuló.

—Bien... La primera vez que te vi..., ¿lo recuerdas?

—Sí, si lo recuerdo.

—Ese día mi amigo Luis me había invitado a tomar unos tragos junto con mis demás amigos.

—¿El chico de cabello rojizo?

—Así es. Lo ubicas, ¿verdad?

—Claro, continúa.

—Pues bien —enfocó la mirada—. Esa tarde me amenazó con salir con los amigos y que, si yo no asistía a la reunión el pago saldría de mi cartera. Yo no quería pagarla por nada del mundo, ya que no contaba con mucho capital en ese tiempo y estos amigos nuestros bebían a más no poder. Así que después del trabajo y sintiéndome muy cansado decidí finalmente concurrir con ellos. Sinceramente planeaba asistir por un momento, charlar un rato con ellos y partir. Pero como la vista fue

agradable decidí quedarme.

—¿Te refieres a mí?

—Por supuesto. —y acariciando mi glúteo refirió—. Te veías tan sexi con ese pequeño vestido azul entallado que de inmediato encendió mi ser.

Yo al instante besé sus labios gruesos muy apasionada, y después de degustarlos declaré. —Por eso regresaste, ¿no es así?

—Absolutamente. —mordiqueó mi labio inferior—. Es evidente que no te podía dejar escapar.

Sentí su miembro erecto por debajo de mi pierna y quise apartarme, pero él me retuvo con firmeza y no lo permitió. Entonces formulé.

—Dime, Mario... ¿Hubo otra antes de mí?

Su semblante cambió de repente. Parecía que algunas de mis palabras le habían irritado.

—Sí. Sí hubo otra. —declaró secamente.

—¿Y por qué terminaron...? —formulé rápidamente, pero él guardó silencio. Y colocando un mechón de mi cabello por detrás de mi oído apretó la mandíbula. Y tendiéndome una mirada cariñosa repuso.

—Tamara... No creo que sea prudente decirlo. ¿Qué ganarías con eso?

—Supongo que nada... pero me cae de raro que te conociera soltero. Un hombre como tú no podría permanecer así por tanto tiempo.

—¿Cómo yo...? ¿A qué te refieres?

—Sí. ¿Acaso no te has dado cuenta de lo guapo que eres?

—¡Guapo, yo!

—Sí, hombre... —y le solté un golpe en el hombro. Él se sorprendió de mi acto y guardó silencio, solo se limitó a tocarse la parte afectada y presionar. —¡Ay! No me vengas con sandeces de que no te habías dado cuenta de lo encantador que eres, Mario.

Me miró con el ceño fruncido, y terminando de palparse el hombro

declaró:

—Créeme... Nunca me había dado cuenta de ello.

—¡Ajá!

—No, enserio. Nosotros los hombres no nos la pensamos en la vida pensando en ello, solo esperamos a que la chica que nos atraiga se interese en el ejemplar.

—¡Cómo no!

—¿No lo crees?

—Por favor, Mario... He notado cómo te miras al espejo, incluso, te he pillado haciendo lagartijas de piso por toda la casa además de todos los aparatos que tienes en el gimnasio y que seguramente utilizas a diario. Te preocupas tanto por tu apariencia física que seguramente lo haces para agradarle a alguien. —Soltó una risotada.

—¡Cómo crees...! A la única persona que deseo agradarle es a ti.

—Pues yo opino lo contrario.

—Tamara querida... —y me atrajo fuertemente contra sí— Todo lo que hago en mi persona es para agradarte solo a ti. No tengo interés en otra mujer ya que tú eres capaz de llenar todo mi ser.

¡Ah! Qué cosa tan melosa puede pronunciar aquellos labios carnosos. Y solo por eso fue acreedor a un profundo beso de mi parte. Con pación tomé su rostro entre mis manos y posé mis labios suaves sobre los suyos. El sabor del jugo de naranja dulce recién exprimido en su boca fue capaz de provocar el deseo en mí para introducir mi lengua en su cavidad y envolverlo en una locura pasión. Esto encendió su deseo y de inmediato comenzó a acariciarme las nalgas y apretarlas entre sus dedos. Pero esta vez no pretendía que me desnudara en aquel lugar.

—Mario..., ¿por qué no subimos? —Mario me brindó una sonrisa coquetona y de inmediato me puso en pie. Acto seguido me tomó por la muñeca y con una rapidez me condujo hasta la habitación. Yo, al ver lo apurado que se hallaba, pregunté.

—¿Por qué la prisa...? No pretendo salir a ninguna parte, créeme. Este día seré solo tuya y nada más que tuya.

—No sabes cuánto me alegra el escucharlo.

—¿Te alegra?

Sí... Acaso no te has dado cuenta que desde que laborabas en aquel hospital pasábamos muy poco tiempo juntos.

—¿En serio?

—Sí, Tamara. Hace muchísimo tiempo sino que un siglo no tenemos intimidad.

—No seas exagerado... —declaré sorprendida— Si fuese así, ¿por qué no lo solicitaste antes?

—¡Lo hice...! —abriendo los ojos como plato y mostrando sorpresa—. En varias ocasiones te lo expresé, pero tú solo señalabas que te sentías agotada y que deseabas descansar.

—¡Oh, pobre de ti...! Creo que nuevamente volviste a ser virgen por mi causa.

—Claro... Y necesito que me enseñes a ser un buen amante.

—¡Yo... a ti!

—O dime a quién para solicitarlo.

—No, no, no. Tienes razón. Prefiero ser yo... —Y acariciando su pantalón que dejaba al descubierto su miembro rígido y firme, declaré: —Ya verás qué buen servicio le hago, caballero. Y prometo que no será defraudado, se lo aseguro.

—Eso espero, señorita...